

García Lorente por dos
Las mujeres que al amor no se asoman

Gabriel Leopoldo Cabrejas¹

La Reina del Mar, de Diego García Lorente.

Dirección: Diego García Lorente.

Elenco: Laura Giménez.

Estreno: 7 de enero de 2019. Teatro La Bancaria, Sala Arturo Jauretche (San Luis 2069, Mar del Plata).

Funciones lunes de enero y febrero.

Ya vas a ver, de Susana Torres Molina.

Dirección y adaptación: Diego García Lorente.

Elenco: Diego García Lorente y Agustina Anzoategui.

Estreno: 8 de enero de 2019. Teatro El Séptimo Fuego (Bolívar 3675, Mar del Plata). Funciones martes de enero y febrero.

“Me parecía oportunista” opina la actriz, Laura Giménez, en el preámbulo de su actuación a la obra *La Reina del Mar*, rompiendo la cuarta pared y hablándole al propio autor. ¿O será el mismo dramaturgo que ejerce su autocrítica, antes de que lo piense el espectador? Se trata de una pieza compleja con la apariencia de comedia negra para unipersonal femenino, que entra y sale de la ficción, como es compleja esa auténtica tragedia contemporánea, la lucha de la mujer por el reconocimiento de sus derechos. “Dudé en aceptar; me parecía oportunista”. En efecto, Diego García Lorente presenta dos textos espectaculares este verano que abordan un tema obsesivo: no la cosificación material de la mujer, ni siquiera el orden patriarcal —aunque ambos figuran necesariamente subrayados— sino la destrucción de la mujer, mientras, consecuencia necesaria, ida y vuelta de todo combate moral-legal, está en pleno desarrollo el proceso de reivindicación de su lugar

—en la sociedad-humanidad (*masculinas*) y, *tout court*, en el cosmos del ser.

Pero no es oportunismo sino oportunidad exacta, porque sucedieron sesenta feminicidios en dos meses, y entretanto esto escribo, y usted lee, se produce otro. Lo incomprensible (que no quiere decir irracional o inexplicable) es que se acabó la impunidad, y el asesino sabe, más allá de la cómplice interpretación de género en manos de los jueces (hombres todos), los morosos tiempos judiciales y el cumplimiento irregular de las penas, que al femicida le espera una sentencia perpetua, granjearse el odio de los hijos y, en fin, perder la propia vida, o lo más valioso de ella, en años de castigo y repudio social irrecuperables. Y no son irracionales, o puro instinto sexual arrebatado, el abuso, la violación individual o grupal, los crímenes contra la mujer, sino parte de la *ratio biopolítica* del mundo global-capitalista. En pocas palabras, no había *otro sitio* que Mar del Plata, frívolo balneario de veraneo vacacional, ni *otro momento* que éste, 2019, para tratar *teatralmente* este ineludible drama del *escenario* social.

Ahora bien, García Lorente autor en *La Reina*, adaptador en *Ya vas a ver*, no comenta ni describe uno, o dos, feminicidios. Le interesan las circunstancias que llevan a él, o, a la autodesvalorización de la misma mujer, bajo el verdadero régimen machista desplegado sobre los cuerpos y las dignidades. Nunca mejor vista la dialéctica amo/esclavo que en la segunda obra: *Él* (así se lo llama y no importa cómo se designe), arrastra literalmente a *Ella* (ídem), de una cuerda atada a su tobillo, peor que un perro o un caballo, animales los cuales su *dueño* ama y, por demás, necesita. A este *noble bruto* denominado mujer se *lo necesita* sometido, *se necesita* atormentarlo. Susana

¹ Profesor en Letras, Doctor en Historia (UNMdP). Profesor adjunto *Estética* e investigador en cine y teatro. Mail: gabcab2003@yahoo.com.ar

Torres Molina, escritora implacable, sabia en implantar la crueldad en escena, la arroja a nuestra cara, sin progresividad ni anestésicos, con absoluta dureza, y de hecho, se sale de la puesta casi temblando, furioso y crispado. La inteligente coreografía actoral y la desnudez del territorio hacen el resto.



Ya vas a ver

De Susana Torres Molina, adaptada por Diego García Lorente.

Actúan: Agustina Anzoategui y Diego García Lorente.

Fotografía: Esteban Blanco

Una única luz azul sobre el ladrillo visto del *Séptimo Fuego*, cajones de álamo descuidados como en cualquier baldío, y los dos personajes, en la dicotomía abismal y perfecta que solamente da el teatro. No se nos priva de ningún detalle. Ella es ejecutiva en el 4º piso de la empresa donde Él trabaja, de mero cadete o numerario, en el 1º piso; su inferioridad y su enfermiza composición psicológica, a sabiendas de que Ella siempre lo ignorará, lo empuja a tomarla de rehén y obtener por vía esclavista lo que, lógicamente, nunca obtendrá de buenas maneras. Al cinismo desbocado de Él, la indefensión, las lágrimas y la súplica de Ella, los acompaña el adecuadísimo casting. Él (Lorente), hombros cargados, chupines,

calvicie, un *skinhead* sexual, provoca terror de apenas verlo. Ella (Agustina Anzoátegui), enfundada en pantalones de falso cuero brillante, tacones, muy rubia pero delgada y fibrosa. Se invierte el dualismo social y el dominado pasa a ser dominante. Vio-lencia y vio-lación tienen idéntica raíz, y tiene de sadismo erótico la apariencia: el *poder* pone el sello y al vio-lador lo obsesiona establecer esa no-relación, el arriba/abajo que ya Sartre llamaba, aún en su lado amigable o amoroso, *posesión*. Él quiere únicamente eso, volver del revés la situación real de poder, que en las alternativas laborales, termina siendo una fantasía; *Ya vas a ver* complica la guerra de clases, normalmente (o normativamente, o, dirían las feministas, *hétero-normativamente*) simplificada al Patrón/Obrero, ambas entidades masculinas. Subrepticio, subyacente, el conflicto no es tan pedestre. Como dije, se plantea otra versión del capitalismo, *intimidado* a los cuerpos, a la carnalidad de la jungla genérica, y ese hallazgo enriquece la fuerza dialógica (y *física*) de una exposición extrema, la que ofrecen sin concesiones ante nuestros ojos Torres Molina/García Lorente.



La reina del mar

Actriz: Laura Giménez

Fotografía: Kika García Lorente

La Reina recaba a su vez un valor aparte. El autor decidió plasmar estos prolegómenos de suicidio en lo alto del edificio *Havanna*, emblemático si los hay, cuyo nombre real (*Demetrio Eliades*) se acredita al padre de los famosos alfajores, inaugurado en 1969 con la extraordinaria fanfarria de una ciudad exitosa, la que vivía del verano, donde tuvo su departamento el mismísimo Carlitos Balá. El contexto, espacial e histórico, sonaría anecdótico en otro momento, pero ahora condensa un metasentido proverbial. Porque Laura Giménez representa a alguien dispuesta a poner fin a su existencia desde la terraza de la construcción más importante de la Ciudad Feliz, esa que vemos en cualquier postal, y está a punto de cumplir sus primeros cincuenta pesados años, como ella, amartillando su decisión irrevocable, quizás la única realmente libre en su medio siglo. Los hitos de su vida se entrecruzan, sórdidos, a los de Mar del Plata: una jauría de gangsters la adopta de *sexual toy* en el Barrio Centenario —planeado y fundado durante la Dictadura—, la prostituyen sin opciones años enteros, abusan de su condición mísera y alienante y hasta la mandan a recibir a los robustos marineros negros del *Kitty Hawk*, el portaviones yanqui que en 1991 desembarcó en nuestras playas a celebrar la sumisión, no en vano etiquetada de *relaciones carnales*, del país a los intereses de la OTAN y la Alianza Occidental. Mabel/Laura, a pesar del ahogo, de la desesperación, de saber que sólo será libre matándose, no es una criatura trágica, es más bien patética. Contrapuesta a la chica de *Ya vas a ver*, produce una risa amarga, incómoda, un sentimiento fraternal (de *sororidad*) y culposo: ¿y si llueve, como se espera de la climáticamente maldita ciudad de los Lobos

Marinos? ¿Y si la *limo* que contrató para caerle encima, tal cual lo hizo su modelo, Evelyn McHale, de parecida biografía, desde el *Empire Estate* de New York, es de *otro color* y no hace juego con su vestido? *La Reina* se sutaliza: la muerte en el mundo posmoderno adquiere peso específico si se estetiza, si se convierte en *opera artis* fotogénica, o telegénica. Mabel posa para la posteridad de la *selfie*, y su corporalidad avasallada, diezmada, hecha pública de puro abuso, hundirá, según planea, el techo del superauto símbolo del poder —todo automóvil es fálico y la *limousine* exalta los disvalores *male* al hartazgo del exhibicionismo—pero dejará un sello indeleble sólo si su autodestrucción es *bella*. Las revistas americanas retrataron la aniquilación de Evelyn como “el suicidio más hermoso del mundo”. Del *Havanna* la escenografía deja al descubierto una antena de madera, la baranda al abismo y un marco de ascensor. Todo blanco en la *Sala Jauretche* de la Bancaria. La pureza del acto libre.

La actuación antológica de Laura, Diego y Agustina nos eximen de mayores comentarios. No me inhibiré de mencionar la gráfica de los programas. Una mano tirando de una soga azul, que aprieta en la palma frutos rojos; una invitación exacta a lo siniestro (*Ya vas...*). La actriz sacando la foto junto a los Lobos enmarcada en un cielo violeta de tormenta (*La Reina...*). Nada fue descuidado, ni los paratextos.

Trabajos endemoniadamente maravillosos, transidos, irremediables de ver. Dolorosas obras maestras. El teatro, como siempre, no mira distraído hacia otro lado.²

² La violencia de género fue muy atendida durante estas jornadas estivales. Sergio Lanchas dirigió *Mujeres de arena*, varios textos orquestados por la dramaturgia de Humberto Robles, acerca de los femicidios sistemáticos de Ciudad Juárez, México,

a partir de 1993 (Teatro *La Bancaria*). Enrique Baigol puso en escena *Emilia*, de Claudio Tolcachir, que trata precisamente la tensión de una familia disfuncional sometida a las riendas tirantes de un *pater* impiadoso (Teatro *Cuatro Elementos*).